

de ellas. En la Nueva España desaparecieron y así sucesivamente de otras partes del planeta.

Durante su existencia los hombres no le disputaron terreno conforme con su rol secundario de procreación. En este aspecto, las falomas brindaban la absoluta seguridad de no concebir, por lo que el disfrute, sin pendiente, suele ser mayor.

Fue una ave que dominó la tierra, como los dinosaurios y su extinción no tuvo nada que ver a su explotación en masa, indiscriminada. Ningún otro animal ha disfrutado las atenciones de los humanos. Los falomares, como parte vital de la sociedad, se acondicionaron con los mayores avances técnicos.

Todo por servir se acaba; como en todo harém, siempre existió la favorita que a veces, por cortesía o nada más por presumir, era compartida con las amigas. Pasaban temporadas huéspedes de otra casa o acompañaban a las señoras en grandes viajes de placer. Las enfermedades venéreas las diezmaron.

Como homenaje a su paso por el mundo, de las mujeres que son agradecidas, la faloma fue adoptada, por unanimidad, como símbolo de la Organización de las Naciones Unidas la faloma de la paz. El miembro viril también fue bautizado, por las buenas conciencias, como «paloma». Süskind, autor contemporáneo, escribió la saga de la última faloma refugiada en el pasillo de una casa de huéspedes, a la que un caritativo inquilino le cede, hasta la muerte, su habitación.

Juan Soriano, conmovido íntimamente por el fin del último ejemplar, la inmortalizó en una estatua de bronce. La obra se exhibe en la entrada del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de Monterrey. El motivo que perpetua su memoria es notable. Los *suvenires* de la institución están agotados.

Monterrey 400, modelo para amar

Joaquín Hurtado

Vamos a llamarte así, austera, pero sofisticadamente: Monty.

Porque eres gorda, pero no importa.

Tienes papada y bigote ralo.

Anacrónica.

Chismosa.

En algún sitio de tu meado colchón escondes riquezas mal habidas.

Bien haya tu madre, dulce Monty de la vagina granulosa y verga dominica.

Regálanos tu reino de machorra implacable.

Ábrenos tu pericia de orgías bajo el Faro proverbial.

Benditos tus extremos y tu polvo facial que corroe las eternas Mitras.

Tierna puta pelona.

Chimuela.

Zangoloteo en el 123 Infonavit, a la luz de la luna, entre los cráteres de un asteroide polvoriento.

Insuperable, ¿o sí?

Sal de tu escondite, rata inasible.

Revolotea en tus jirónes, lechuza de seda.

Edificamos para tus milenios un pesebre con piedrotas y ramas de mezquite.

Revuélcate en tu vómito y tu vértigo al saberte a merced de los hongos nucleares de este inseguro e insobornable destino de gran cosmópolis finisecular.

Bienvenida con tus trenzas y mejillas de monja lépera.
Gózate en esta noche de oropeles y mascaradas.
Dáale paso a tu pelucón anquilosado.
Lúcete, rebomba.
Que por eso fuiste a Laredo.
Ábrete de piernas y dame tu quemante semen.
Es un honor escupirte el rostro, es un privilegio gozar de
tus inmundicias cotidianas.
Date de santos, espantapájaros.
Quiero ser tu Dante y tu verdugo.
Aúlla desde tu infierno besado doblemente por un Papa.
Con lujuria y asco, con preciso odio y ponzoña, con un co-
razón reseco y tinto en verde cerveza, te venero.
Venérea pus embelesada.
Hipócrita luciérnaga en el hocico del diputado.
Primera ironía universal.
Catedral de los Malls.
Trasga.
Ejemplo civilizatorio de lo que es correr a cien por Gonza-
litos y seguir con vida.
Fraternal rapiña a la hora de firmar cualquier contrato.
Agandalle y rebatinga a lo descarado.
Suavidad de húmedas mujerzuelas doctoradas en el Tec.
Idólatra del rojo, del violeta, del azul, o cualquier color en
la colección de Dior para lucir el coctelazo del Campestre.
Porque, o sea, ¡hola Fomerrey!
Hachazo al machetazo del Rey de Copas.
Sanguijuelosa herida en el cuaternario tardío.
Valle de mi Extremaunción.
Qué dura la tienes, padre mío, ciudadano ejemplar, accio-
nista de Liverpool, rector de los destinos masivos de corazo-
nes y cerebros.
A tus órdenes, señor empresario del cristal roto y los hie-
rros retorcidos.
Puñal vertiginoso en la Coyotera.

Tronera del vapor pesado.
Extraviada rubia entre arboladas calles que resplandecen
porque la cocaína ciega con sacramentada luz.
Oh dama del cómodo olor en el culo.
Enferma terminal.
Deshaucio clínico que nace cada mañana entre mercuriales
sempiternamente encendidos.
Folículo agotado por la plaga gris de sus obreros.
Machos encendidos de sábado a las tres en Juárez y Arteaga.
Carretón explosivo de sandías y jícamas con chilito.
Cantinucho pudoroso que se desvanece entre efluvios cer-
vicales.
Mar de cucarachas en Félix y Ruiz Cortines.
Borracho babeado, cagado, pateado, panchado, destazado,
renacido entre los matorrales artificiales del Banorte.
Bimbo, mamboleo y cataclismo desde las alturas de miles,
millones de anuncios electrificados que venden la nada a pre-
cios dolarizados.
Cerdeza empinada por la chiquillada de Fomerrey ciento-
treintaydos.
Casa plateresca del narco bienamado.
Sarta de idioteces en boca de tus diputados de la ingober-
nable República de notables asesinos tricoloreteados.
Vengan, vengan, bicolores, pasen por su colación, llévenle
mis recuerdos a la Condesa del alba y mi panocha al Cardenal
maricón.
Ya cuelga el teléfono, mozalbeta tiraleche, qué no ves que
cuesta un resto, ya deja de sobarte el talegón.
Y el hijo sale a ganarse el pan, partido rico en tradiciones
públicas, herederos de la censorship victoriana y del Mein
Kampf del Vaticano.
Aquí me tienes, a tu merced, putarraca de la Cigarrera.
La Marlboro ofreciendo lo mejor de sus trucos espumosos
en la puerta de la Ciudadela.
Porque ni a ciudad llegas, reinita mamadora.

Con todo y tus quinientos mil dólares del premio Marco.
Aunque te duela, desalmada madrota chichicuilota.
Cabizbaja anciana momificada en las tapias de Nuestra Señora del Roble.
Benavideo porno pero no digas que yo lo dije.
Tantéate, Ruperta, cuando sueñes con angelitos.
Mejor ve y checa tu tinaco que ya tira sus malas aguas hacia la casa del vecino.
Oh sacrosanta institución eso de la private property.
Cuidado con mi perro.
Se ponchan llantas gratis, aunque vivas en el Contry.
Digo, Diego, si no eres de la Colón, ¿por qué dices que eres de MTY?
No mameis, culeis.
Orale, compa, échese la del estribillo y cuando acabemos juímonos anca el Suárez.
Que viva mi desgracia de no estar en el Gabinete.
Que aterrice mi musa para hablar de tus Pulgas.
Oh anciana tetrasecular con pelos en la lengua y patas de alacrán.
Acuérdate cuando te querías coger a la Lupita, mañoso rentero dueño de treintamil tejabanos en La Moderna.
Un saludo para mi Madre Patria y la raza de la Ciprés.
No te hagas, Mónica, si se las diste a tu hermano –mormón pero guapo–, ahora aguántate la panza.
Mírate en el espejo de obsidiana que se abre apenas cae la noche a los pies de la Silla. (De montar, no sean pendejos) de la pureza hasta el supersiete a canjear tus fichas por una gorra Abasport.
Y la mujer danzante en el antro de Fufito.
Y la cárcel donde duermen echados sobre ellos mismos los detractores del agandalle policiaco.
Torreta sobre la calva del juez que succiona un glande de diez años en el estacionamiento de la Macroplaza.
Que ya la quisieran en Moscú.

Uh, Uh, no pares que ya los voy aventar, mamita tetas de granizo y narizotas operadas.
Útero judío atascado de incircuncisos.
Película muda sin nombre ni títulos mobiliarios para engrandecer el homenaje a los héroes calladitos pero severos que nos gobiernan desde sus ataúdes.
Brinquitos en tu cripta municipal, vampira azorada.
Verija vitiligia.
Vanidad de domingo en las páginas del *Sierra Madre*.
Chinga a la tuya puto taxista atravesado.
Mis huevos.
Mi sangre.
Mi cansada goma que circula a cien y se detiene en el Barrio Antiguo cuando una nena se saca el caballo ensangrentado y después de olerlo se lo da a su amiga que la abraza fraternalmente uncida al pecadote de cogerse al confesor irlandés.
Pobre pendeja, pero mírala, flotando en su amapola y sus cardos placenteros de la abstinencia.
Culero anónimo que no quiso ser mujer cuando debía.
Porque muchas quieren, pocas pueden. Sólo las chingonas quieren y pueden, le espeta la Crisalda a su compadre La Murmurosa.
Indepe, tierra de mayates, de vírgenes reales y de fierreros colombianos.
Corazón de la mirada del ejecutivo que analiza el internet desde su oficina en Kalos.
Calosfrío del funcionario puto besamanos de falsos hightoneros.
Finta.
Muñeca sin cabeza.
Monalisa del Arco Invisible.
Canta tus proeza de caballero migrante que llegó, violó y triunfó a pesar de su sangre matehualilla o zacateca.

No te avergüences, oh grandibabeante regio, de tu nebuloso pasado zapoteca, ni de tu madre barrigona, ni de tu padre cogelón.

Dedícate un danzón en el parque del Chorrito.

Adórate.

Siéntate.

Trágate solana tu puñetota de aniversario.

No hay mejor amante que uno mismo.

Y ponte casa, cabaña, o ya de perdis cuatro palos en la CROC.

El cenizontle cruza la bóveda.

Se detiene en una anacahuita, canta un himno a la fenecida Fundidora y un mocoso lo asalta con su pistola de diábolos.

Y grita: la maté, la maté; pensando que le había atinado a su criada otomí.

Así somos de soberbios.

Santa madre amantísima, perdónanos.

Vaso de leche de cabra degollada, discúlpanos.

Cruz en el cerrito, excúsanos.

Tarde de fritangas en los Cavazos, libéranos.

Cínica diva en el concierto de Pavarotti, sálvanos.

Paloma ciega, escúchanos.

Somos, soy tu hijo malcriado, mimado hasta la médula de su infancia marginada, enamorada de la verga del sardo, emputado con una vecina que se las daba a todos menos a Miguelito.

Me tienes a tus pies, vengadora matrona panza de puerca.

Singularmente ataviada a la usanza decimonónica, la señorita Nuevo León desciende en estos momentos por la pasarela de sus costillas de pajarito a las salas de masaje de los picudos de la Iniciativa Privada de Iniciativa. O sea, apúrale, chamaca, que te vea la High del Rotary antes de que lleguen las méndigas hijas de los Garzopeta o las Elizondo muy hondo a hacernos la competencia.

Y somos familias de abolengo que por algo tasamos los hímenes en yenes o marcos o ya de perdis acciones en el Wall.

Y si no, váyanse al Mante, chulitas, a coserse el papalote.

Vénganos a tu reino a solas.

No te desesperes, todavía no acabo.

Que truene el catre, cabrona.

A mi ciudad.

Despeñaderos huastecos.

Baldíos envueltos en pañales con toneladas de caca infantil reseca por el alegre sol estepario.

Raigón del peyote.

Tanto desperdicio asusta, ilumina, inspira.

Encabrona.

Camión de la basura con tres chacales que apestan a detritus santo de industria, asfalto y condones cristalizados.

Has llegado, viandante de aceras dinamitadas, al sitio donde los ojos de la santa Lucía lloraron al ver el desmadre que le armaríamos a sus ecológicos planes en este Valle de todos los Lobos.

Y entonces llegaron los chichimecas y la cargaron.

La pureza racial se la llevó el Gilberto.

Qué bueno, bola de hambrientos muertos de hambre.

Narices pegadas en los Cristales del Tío.

Que ya ni saben ser buenos esclavos, bebedores de cheve en las mecedoras banqueteras.

Buenas noches, compermiso, pase usted.

Y el público aplaude la puesta de esa obra que se llama nostalgia por la urbe incalculable pero emperrada en llegar al concurso de salto en el hípico donde la crema luce collares con los dientes de niños panzones, los cabellos horneados en los campos del señor terrateniente del Corporativo. Pásele, señorita, Miss Cadereyta.

Ridícula nueva rica sin calzones, arrastrada, con maestría en aerobics mañaneros y frases motivadoras sacadas de los ficheros de su jefe en Alfa S.A.

Perla en la corola del cactus.

Destello del arpón antes de ser clavado.

Pinkfloydlalomora Bachselena en la lengua de los taxistas.
You feel love aunque lo niegues tía pichicata, que paga
con centavitos de la más baja denominación las comilonas en
el Club Industrial.

No te creas lo de codota que cuenta el mal chiste chilango
-¡mátalos, mátalos!-, enorgullécete de tu afición por el ahorro
y tu cursilería en Santa Engracia.

Mimosa pillosa.

Escucha mi homenaje nocturnal y duérmete hasta que
amanezca.

No te hagas boca chiquita que eres capaz de construir un
Metro para transportar anuncios de Sabritas.

Si fuera músico te compondría tu Sinfonía.

Pero no soy más que un pelagatos que maúlla en las bardas
de la Valle Verde a ver si sale mi negra vallenata para quemar
este churrumais a la luz de la Osa.

Que salga el idem.

Que el Blanquita sea declarado recinto oficial de este lujo-
so festival de las cuatrocientas mil tetonas.

O qué, ojete, te vas a apretar.

Aprieta ésta.

Lo que te pido te apesta.

Válgame el Niño Fidencio.

Ya perdió mi abuela hasta su dentadura en sus apuestas.

La chalupa y buenas.

Easy money, pero a lo dao no se le ve lao.

Monty culona.

Deslavada copia de Dallas.

Hermana bastarda de Barcelona.

Cuñada de Roma (Texas).

Tía de Torreón.

Comadre acomplejada de Guadalajara.

Emperatriz del harem de Diego y otros chacales castella-
nos que quisieron hacer de este asoleadero el imperio de la
carne asada.

Con texmex y mixtura tropical, oss.

México queda muy lejos, gracias a Dios, y San Antonio
aquí nomás a cuatro horas hecho la mocha.

Te has de fijar en las bonitas calles gringas, en lo ordenado
de su condado (con sus condes sobrealimentados hablando por
celulares japoneses a sus esclavos traídos de Agualeguas, que
construyen una piscina de oro en la verde yarda).

Pregúntate, mártir meretriz, si eres más de allá que de acá.

Me sacas de onda, te lo juro.

Por ésta que a veces pienso que ya hiciste el referéndum a
ver si nos separamos del México mestizo y nos anexamos a
McAllen.

No friegues, a mí háblame al chile.

Yo agarro mis tiliches y me voy de una vez a Chicago,
donde fueron a parar mis carnales a los que no les diste más
que putazos.

Ávara cuatricentriculera.

Ruca bigotona.

No te culpo.

No eres tú la exclusiva culpable de mi amargura -exagero,
no llega tango mi admiración por ti- pero sí buena promotora
de tanta jodedera.

De tanta mondadencia.

De tantos bebés limpia vidrios.

Larga vida a la mantarraya electrificada.

Y no se den de santos, si queremos verte el rostro más dul-
ce, cómprate el vespertino cada pleonásica tarde.

Detén tu viaje a la vera del ferrocarril infinito en Carranza
y Colón.

Hilvana tu madeja genealógica con el hipertamtam de la Sa-
brosita Potranquita que ameniza mientras aplastas los cachetes
al techo de la pesera Santa Catarina-Ocampo en una calle bajo
cincuenta centígrados a la sombra.

Cuatro millones de incorregibles nacos te gritamos: salve
marrana.

Rellena de opulencia tóxica en el sótano del hipotálamo.
Y coreamos:
Vengan las vikingas de Santiago.
Las embajadoras de Sabinas.
Las sabinas de Cerralvo.
Las amazonas de Lampazos.
Las lampareadas hembras del Casino del Prado.
Nalgas peludas de Linares.
Gloria al dulce de masculina leche hualahuisa.
Piedra y artemisa desde Mamulique irredento.
Me canso, te dejo.
Te bailo y no pagas.
Chichifa del mal placer.
Loto en el océano de La Boca.
Nubes sobre Chipinque.
Pero no te confundas, son los millonetas que están rosti-
zando mamíferos cazados con balas de plata en la Mongolia.
Honra a los próceres protoplásmicos que dieron cobijo a
los taqueros desvelados.
A la lideresa en patas de gallo.
Al grifo y a la sed.
A las mariposas y a las chimeneas de Babel.
Al fresno y al fantasma del Obispado.
A las chinas y a las albercas.
A los domingos en la Alameda y al hormigón cacarizo.
¿Por qué he de negar este horror que me atosiga y roe?
Por qué he de negarte el abrazo que te emperifollas de
mantelería y aristocracia ejidal.
Por qué he de renunciar a las palabras mágicas que le tra-
ban las zancas al Demonio.
Por qué he de odiarte, pinche baratija del San Luisito.
No se puede aborrecer tan impunemente a una feliz quimera.

El huracán Gilberto en Santa Catarina

Julio César Méndez

*Mi hijo vivía en la parte de arriba del
barranco, y yo, más abajito. Tenía un
triciclo en el que vendía elotes. Casa y
triciclo se llevó el río. Ahora, pos ando
juntando papeles viejos, botes, fierros o
alambres, lo que haya.*

Nicolás Zapata.

*Se los llevó San Pinche. Bueno, nomás a
los que se fueron a vivir abajo, en el río.*

José W. Cruz Hernández.

I. Culebra de agua

De nada sirvió que decenas de santacatarinenses de ori-
gen campesino, algunos procedentes de estados del
centro o sur del país; en el patio o en la huerta de su ca-
sa, con la mano de su hijo o nieto de pocos años de edad, hi-
cieran una cruz indicando al cielo y se pusieran a rezar. Ni que
otros con un machete o cuchillo cruzaran el aire para «cortar
la lluvia»; o con sal hicieran una cruz en el suelo. Todo fue en